

MONODOSIS.

Introducción. Tuve el otro día una conversación en la que nos hacíamos conscientes de hacia que derroteros oscuros nos conduce nuestro mundo. El individualismo nos está cambiando el modo de relacionarnos hasta unos límites, que decir la palabra nosotros, o pensar en lo colectivo, embarcarnos en un proyecto que suponga compromiso, es algo cada vez más difícil de hacer. Salía la palabra monodosis. Capsulas de café para mí, con mi aroma especial que satisface mis deseos. Ya no hay que esperar a que salga el café en la vieja cafetera italiana, en la que había que pedir ayuda para desenroscarla, y quitarle el viejo café. Yo elijo que sabor y que espuma. Todo empieza por «mí». Mi móvil, mi portátil, mi contraseña, mi tarjeta de crédito, mi reconocimiento dactilar. Mi «Nick», mi «password». Las redes sociales se llenan de cuentas y de perfiles donde sólo quepo yo. Y lo colectivo, el reconocermé parte de un organismo más grande que yo, que me trasciende, al que pertenezco, al que sirvo, al que cuido, se va desdibujando del consciente identitario de las personas.

A lo largo de la historia de las culturas hemos llegado a este punto, a la reivindicación de lo identitario, de lo individual, porque en nombre de las sociedades, se explotaba al individuo y se le consideraba un número, una pieza más. Tanto los regímenes medievales, como los «ismos», comunismo, fascismo, hacia del bien común y de lo colectivo, lo prioritario. Claro que es necesario el autoconocimiento, la autorrealización, la autoayuda, pero para que nuestra dimensión social nos haga dar lo mejor de lo que nosotros somos.

El problema es que de tanto mirarnos a nosotros mismo, a nuestras necesidades, a nuestros deseos, nos hemos olvidado de que hay otros a los que estamos vinculados, y a los que olvidamos con facilidad. Lo malo es que podemos estar cerca del «Ocaso de eros». La muerte del amor. La otra persona ejercía sobre nosotros el milagro del éxtasis, del salir de mí mismo. Cuando una persona nos enamora, nos atrae, se clava en lo más profundo de nuestra vida ejerce un poder de atracción que nos hace olvidar de nuestro interés. Así ha sido durante toda la vida, así le paso a Pedro en el monte Tabor.

Lo que Dios nos dice. “Seis días más tarde llamó Jesús a Pedro, a Santiago y a su hermano Juan y se los llevó aparte a una montaña elevada. Delante de ellos se transfiguró: su rostro resplandeció como el sol, sus vestidos se volvieron blancos como la luz. Se les aparecieron Moisés y Elías conversando con él. Pedro tomó la palabra y dijo a Jesús: Señor, ¡qué bien se está aquí! Si te parece, armaré tres tiendas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías. Todavía estaba hablando, cuando una nube luminosa les hizo sombra y de la nube salió una voz que decía: Éste es mi Hijo querido, mi predilecto. Escuchadle. Al oírlo, los discípulos cayeron de bruces temblando de miedo. Jesús se acercó, los tocó y les dijo: ¡Levantaos, no temáis!” Mt 17,1-7.

Se olvida Pedro de sí mismo, envuelto de tanta belleza y de tanta claridad. En el proceso humano de enamorarse pasa lo mismo. La otra persona con su presencia difumina al resto de la realidad. Deslumbra, centra, atrae. Pues ese mecanismo de relación está en vías de extinción. Como de quien estoy completamente enamorado es de mí, a quien presto la mayor parte de mi tiempo, de mi oído, de mi cuidado y atención. El otro no tiene fuerza para rescatarme de mi egoísmo, sino que lo considero un complemento para embellecer, lo verdaderamente importante que soy yo. Nos recuerda en mito clásico de Narciso, era tan bello, pero tan bello, que se enamoró de sí mismo, y en el intento de besarse, al ver su imagen reflejada en el río, se ahogó.

“Como el cuerpo, siendo uno, tiene muchos miembros, y los miembros, siendo muchos, forman un solo cuerpo, así es el Mesías. Todos nosotros, judíos o griegos, esclavos o libres, nos hemos bautizado en un solo Espíritu para formar un solo cuerpo, y hemos absorbido un solo Espíritu. El cuerpo no consta de un miembro, sino de muchos. Si el pie dijera: Como no soy mano no pertenezco al cuerpo, no por ello dejaría de pertenecer al cuerpo. Si el oído dijera: Como no soy ojo no pertenezco al cuerpo, no por ello dejaría de pertenecer al cuerpo. Si todo el cuerpo fuera ojo, ¿cómo oiría?; si todo fuera oído, ¿cómo olería? Dios ha dispuesto los miembros en el cuerpo, cada uno como ha querido. Si todo fuera un solo miembro, ¿dónde estaría el cuerpo? Ahora bien, los miembros son muchos, el cuerpo es uno. No puede el ojo decir a la mano: No te necesito; ni la cabeza a los pies: No los necesito. Más aún, los miembros del cuerpo que se consideran más débiles son indispensables, y a los que consideramos menos nobles los rodeamos de más honor. Las partes indecentes las tratamos con más decencia; las decentes no lo necesitan. Dios organizó el cuerpo dando más honor al que carece de él, de modo que no hubiera división en el cuerpo y todos los miembros se interesaran por igual unos por otros.” 1ª Cor 12,12-25.

La fe nos ayuda a recordar que nuestra dimensión comunitaria, familiar, social, no es algo arbitrario u opcional, es esencial. Crezco y existo gracias a un entorno que me acoge, que me cuida y que me asume. Es tiempo de valorar los colectivos que nos han hecho ser lo que somos hoy, la familia, los amigos, el colegio, la parroquia. Pero de la misma forma que yo he sido engendrado por una colectividad, yo también estoy llamado a dar vida y a generar nuevas relaciones colectivas. No puedo ser un turista social que pasa por la vida viajando, pasando de forma superficial por la vida de los otros, sino que es necesario dedicar tiempo al compromiso, a cuidar las relaciones, a vivir para los demás, sino que quiero ser unos eternos solitarios.

Como podemos vivirlo. Hay una película rusa que se llama «Sin amor», y que es candidata a los Oscar en la que se narra la relación de separación conflictiva de una pareja que tiene un hijo de 12 años. Y cuenta que, en la reivindicación por rehacer su vida, los padres no piensan en su hijo, y él lo escucha todo. Ma parece que nuestras aspiraciones de felicidad tienen el límite de lo que los demás se merecen de nosotros.